

# 5

## Tema: Sentido de Pertenencia y Carisma Vicenciano

### Identidad y Sentido de Pertenencia: Nuestro Viaje hasta el Corazón de la Humanidad y de la Tierra

Guillermo Campuzano, C.M.  
Representante de la CM en la ONU

*“La Palabra se hizo PERSONA HUMANA y habitó entre nosotros”*  
(Juan 1,14)

*“Un ser humano es una parte del todo, llamado por nosotros “universo”, una parte limitada en tiempo y en espacio. Él se experimenta a sí mismo, sus pensamientos y sensaciones como algo separado del resto, una especie de ilusión óptica de su consciencia. Esta ilusión es una especie de prisión para nosotros, que nos restringe a nuestros deseos personales y al afecto por unas cuantas personas cercanas a nosotros. Nuestra tarea debe ser liberarnos de esta prisión al ampliar nuestro círculo de compasión para abrazar a todas las criaturas vivientes y a toda la naturaleza en su belleza. Nadie es capaz de lograr esto por completo, pero el esfuerzo por tal logro es en sí mismo parte de la liberación y una base para la seguridad interna” (A. Einstein).*

Con el papado de Francisco ha llegado a la Iglesia un momento de la historia y de la conciencia eclesial en que vemos la urgencia de poner en el centro de nuestras prioridades (teológicas, morales, pastorales) la vida, la humanidad y la tierra. En las enseñanzas del Papa, expresadas sobretudo en la encíclica Laudato Si, la tierra y la humanidad forman una única realidad. Ambas comparten un destino común y por eso los problemas que amenazan la vida tienen una única raíz. La tierra está viva, es la Madre Tierra (pacha mama) que “se autorregula de tal forma que se hace siempre propicia a la vida”.

De esta tierra han surgido todas las formas de vida conocidas, una verdadera comunidad de vida única. Adentro de esta comunidad de vida, cuando todo fue propicio, emergió la dimensión consiente/racional/inteligente de la vida: la humanidad. La humanidad está en el corazón de la vida plural que brotó de la tierra y por eso es inseparable de ambas, de la tierra de donde nació y de la vida como un todo ya que es allí donde se desarrolla siguiendo el ritmo de la evolución. Nosotros creemos que la mano creadora de Dios ha estado presente en este insondable misterio de la evolución y que sigue presente hoy sosteniendo, transformando y renovando todo lo creado. Cada vez entendemos mejor que Dios se vale de nosotros, la humanidad, para preservar y proteger la vida y que esta acción genera a su vez una comunión que hace avanzar a la humanidad y a la creación toda hacia su plenitud. De acuerdo con Teilhard de Chardin esta plenitud se consumará, en el tiempo oportuno, en Dios mismo.

Veo con profunda preocupación que frente a las invitaciones teológicas, espirituales y pastorales del Papa Francisco los sectores más reaccionarios dentro de la Iglesia respondan acusándolo de lo que ellos llaman “ignorancia” teológica, pastoral y litúrgica: ¡“no sabe”! estamos presenciando una clara resistencia intelectual y pragmática al papado profético de un hombre que trae en su piel un lenguaje teológico y pastoral nuevo, venido del sur de la tierra, de las periferias mismas de la historia. ¿Cuál es nuestra propia actitud frente a las exhortaciones del Papa? ¿En que está afectando la enseñanza del Papa nuestra manera de ser y de hacer carismática, eclesial y humanamente?

Escribo estas líneas como una invitación a repensar nuestra identidad y nuestro sentido de pertenencia más allá de nosotros mismos, ampliando nuestro sentido congregacional y eclesial de tal manera que se ensanche nuestra tienda (Cfr. Is 54, 1-5) y que experimentemos lo que el papa ha llamado la ‘conversión ecológica’ (LS cap. IV). Esta conversión a la que el Papa ha llamado a la Iglesia y a la humanidad solo será posible si repensamos nuestra identidad

colectiva y nuestro sentido de pertenencia en la aceptación total y verdadera de la unidad esencial y la diversidad de esta única familia humana. Siento en todo lo que está pasando una llamada del Espíritu que como a Ezequiel nos obliga a caminar entre los huesos secos y malolientes para forzarnos a ver como Dios recrea la vida una y otra vez frente a nuestra propia perplejidad e inercia; para ayudarnos a entender que Dios sigue creando, en el desierto, espacios verdes donde florece la vida (Cf. Ezequiel 47, 6 – 12 y 37).

Todos pertenecemos a la tierra y a la humanidad, esta pertenencia define nuestra identidad en sus rasgos fundamentales. Ni la tierra, ni la humanidad nos pertenecen, no le pertenecen a nadie. La posesión, uso y abuso de la tierra y de la humanidad es una causa/matriz generadora de la desigualdad en el acceso a los bienes de la tierra que causa a su vez la pérdida en el equilibrio que le es necesario a la vida. ¡Según muchos expertos esta es una raíz incuestionable del hambre, la miseria, la violencia, todos los males de la humanidad! La tierra nos generó, de ella venimos y a ella volvemos según la tradición misma de la Iglesia que repetimos, a veces sin conciencia, en los ritos del miércoles de ceniza. “Este sentimiento de pertenencia se fortalece cuando vivimos el cuidado para con ella, el respeto ante su inmensa biodiversidad, el parentesco con todos los seres vivos, la gratitud y responsabilidad por todo lo que ella nos regala”, y la conciencia creyente de Aquel que es Alfa y Omega, principio y fin de todo lo creado (Ap. 22,13)

### **Nuestra identidad y nuestro sentido de pertenencia en tiempos de crisis planetaria:**

Es imposible negar, como algunos pretenden, los innumerables retos ambientales, económicos, financieros, políticos, sociales, culturales, éticos y espirituales de hoy y su irrefutable interconexión. El pensamiento y la visión sistémicos nos han ayudado a entender que los males de la humanidad y de la tierra interactúan y se relacionan intrínsecamente. Las soluciones a estos males deben tener en cuenta su naturaleza y por eso deben ser incluyentes, sistémicas,

estructurales y capaces de regenerar los tejidos rotos en la humanidad y en el medio ambiente. Después de tantos años insistiendo en el tema del cambio sistémico me pregunto si este proceso ha generado en nuestra manera vicentina de ser y de actuar una visión y un pensamiento sistémicos de la realidad y de los desafíos de nuestra vida personal y comunitaria.

Científicos, visionarios, pensadores en muchas áreas del saber humano creen que las amenazas que pesan sobre la tierra y sobre la humanidad pueden conducir a la eventual desaparición de nuestra especie humana y causar peligrosos daños al planeta. La tierra ya sobrevivió a 5 o 6 grandes catástrofes. Sin embargo a estas catástrofes no le sobrevivieron todas las especies, basta recordar la extinción de los dinosaurios. La pregunta que nos hacemos hoy es si la humanidad sobrevivirá a esta eventual catástrofe, aun evitable, que se aproxima ante nuestra pasividad e indiferencia. ¡La humanidad aún está a tiempo de elegir su futuro si es que, como un todo, asumimos la obligación ética de forjar un futuro donde la vida sea sostenible en todas sus formas y en donde el binomio humanidad/ tierra sea siempre y sobre todo respetado y protegido! Nosotros, la CM, podemos contribuir haciendo incidencia con todas nuestras fuerzas y nuestra pasión en las decisiones de orden político y social a nivel local, nacional y global, siempre en favor de la vida, allí donde ella clama! Los trabajos que realizamos todos los días al lado de los pobres tienen un alcance global que no podemos desconocer.

De acuerdo con la comisión BRUNDTLAND<sup>1</sup> los dos mayores desafíos de nuestro tiempo son:

- Resolver las necesidades del presente sin comprometer la habilidad de las futuras generaciones para resolver sus propias necesidades y

---

<sup>1</sup> La comisión Brundtland (comisión mundial del medio ambiente y el desarrollo - WCED en inglés), fue creada por las Naciones Unidas en 1983. La función principal de esta comisión es la investigación acerca del deterioro acelerado del medio ambiente humano y de los recursos naturales y las consecuencias económicas y sociales de este deterioro.

- La Sostenibilidad, es decir el bienestar económico y social dentro de los límites ecológicos.

*La sostenibilidad de la vida es también el fruto de la solidaridad entre las generaciones.* Esta sostenibilidad solo puede alcanzarse a través de la humanización de nuestra humanidad. Cuando hablo de humanización de la humanidad me refiero específicamente a la reconstrucción de nuestro sentido de pertenencia y de nuestra identidad básicas, a la sanación del tejido ecológico y humano. Esta “casa común” (tierra/humanidad) de la que ahora hablamos cotidianamente es nuestra responsabilidad y debería ser la prioridad en nuestras agendas locales, provinciales y congregacionales para que en verdad sigamos el ritmo y la dirección del Espíritu. Que el Papa se haya decidido a dar este paso, que lo exprese a través de una encíclica y que sea así de claro, tiene el potencial para impulsar la transformación en el pensamiento y la manera de actuar de la Iglesia (su identidad) en profunda comunión/solidaridad con las necesidades de toda la humanidad, como lo deseó el Concilio.

### **Alianzas, Solidaridad, Colaboración a todo nivel**

La Congregación de la Misión es una sociedad de vida apostólica. Lo determinante de nuestra identidad y de nuestro sentido de pertenencia está enmarcado en la acción (profecía) que tiene su fuente en la contemplación (mística). El acto profético de hoy pasa necesariamente por la acción común con otros y en favor del **bien común**, una acción decidida a favor de la mayoría que tiene amenazada su existencia

“Los desposeídos, los hambrientos, los que más sufren las inclemencias y desastres climáticos, son personas”,<sup>2</sup> por este motivo el diálogo, la solidaridad, la colaboración y la acción común estratégica es la metodología y el camino que la Laudato SI traza para alcanzar la conversión ecológica y el cuidado de la casa común. El Papa ha insistido en que es fundamental poner a la persona humana en el centro de toda acción encaminada a la protección y cuidado del planeta y al fomento de un desarrollo sostenible de la humanidad.

---

<sup>2</sup> Discurso del Papa Francisco ante la ONU en Septiembre de 2015.

Como ya dijimos, los bienes de la tierra tienen un destino común: son para todos y colaborar en lo que a todos beneficia significa, por tanto, abandonar intereses mezquinos y sesgados. ¿Seremos capaces los vicentinos de hoy de abrazar el bien común como nuestro bien propio y jugárnosla el todo por el todo en su consecución? O ¿nos mantendremos en un pensamiento y una acción limitadas, inspiradas en una identidad y un sentido de pertenencia miope, incapaces de contribuir a la acción colectiva de una humanidad que intenta preservar la vida y salvaguardar el planeta?

¡Es necesario que desarrollemos criterios de acción que aborden las diversas problemáticas de forma global e integral, sin olvidar que el cuidado de la humanidad/terra es responsabilidad de todos, de todas las naciones, culturas, razas, religiones... de la humanidad y que solo será posible por una acción conjunta coordinada, intencional y estratégica! En este sentido, es importante seguir la pedagogía de los pequeños gestos, esta lógica de los pequeños gestos tan rica en las enseñanzas de Jesús en el evangelio. Si queremos hacer gestos capaces de transformar la realidad deberíamos asumir aquellos en los que interactúan las políticas internacionales y las acciones cotidianas, locales. Estos gestos tienen el potencial de transformar la cultura social, religiosa y política de tal manera que estas estén siempre a favor de la vida. ¿Podríamos nosotros los vicentinos de hoy incorporar a nuestra identidad común los gestos del dialogo, la colaboración, la acción solidaria y coordinada entre nosotros y con otros afuera de nuestro círculo?

Si la preocupación por la humanidad/terra se convierten en el motor de nuestra conversación pastoral (EG) y ecológica (LS), inexorablemente encontraremos un modo de entrar en un diálogo ecuménico, inter-religioso y extra religioso capaz de hacernos actores vivos de la transformación del mundo en un lugar de justicia y libertad para todos. “Todo lo dicho sobre la dignidad de la persona humana, sobre la comunidad de los hombres, sobre el profundo sentido de la actividad humana, constituye el fundamento de la relación entre la Iglesia y el mundo y también la base de su mutuo diálogo”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Gaudium et Spes 40 - edición electrónica.

Hacer alianzas, colaborar, actuar solidariamente, cuidar unos a otros, cuidar colectivamente a la humanidad y a la tierra es la única manera de detener el riesgo real de la destrucción que nos amenaza. Nuestro carisma vicentino está llamado a hacer muchas alianzas estratégicas para poder hoy hacerse responsable del cuidado esencial, de la compasión con todos los que sufren en la humanidad y en la naturaleza. Lo típico de nuestra identidad, corazón del carisma, es la solidaridad a partir de los últimos, de los que Vicente llamó “los más abandonados”. A ese elemento fundante hoy debemos añadir la protección de la tierra en el respeto ante todo ser vivo y en el uso compartido, sostenible, equitativo y pacífico de los bienes y servicios esta tierra que es nuestra madre. El Bien de la humanidad/tierra es un valor que se nos debería hacer esencial. Este es un elemento de relectura y de reinterpretación carismática que puede ayudarnos en nuestra propia refundación vicentina frente al giro histórico.

## **Conclusión**

Al evangelio de la encarnación, aquel que San Vicente meditó sin cansancio, le basta con que seamos radicalmente humanos y que en esa radicalidad, que nos une indefectiblemente a la tierra, encontremos nuestra identidad y afiancemos nuestro sentido de pertenencia. La evidencia en nosotros de este tipo de identidad y conexión esenciales podría revelarse en un compromiso total de nuestros recursos humanos y económicos y de todas nuestras estructuras en la protección de la vida en todas sus formas, en la preservación del planeta y en un compromiso sin descanso con los derechos de los pobres y con la construcción de una sociedad más justa. Este tipo de dinamismo nos llevaría de nuevo al corazón del evangelio en donde nació el carisma o mejor aún traería de vuelta al corazón de nuestra vida, personal y comunitaria, un evangelio capaz de hacerlo todo nuevo (Ap 21, 5).

Estoy convencido de que el Espíritu nos llama a aproximarnos de nuevo a nuestro camino, aquel camino que Jesús trazó con sus propios pasos y que nosotros hemos decidido seguir en nuestra existencia histórica. Debemos encontrar una salida antes de que

sea tarde: “Cuando no se consigue encontrar una salida para la decadencia, el miedo termina por imponerse y contraponerse a la esperanza”<sup>4</sup>.

Tenemos un gran desafío delante de nosotros. Este desafío podría convertirse en el eje desde el cual se piense la formación en la Congregación. Creo que debemos generar procesos formativos que NO separen lo humano de lo cristiano sino que integren holísticamente estos elementos. Una formación que busque ante todo formar personas, auténticos seres humanos y que “lo humano lo presente como lo presenta Jesús” para que no se desvirtúen nunca la identidad y el sentido de pertenencia en relación con la humanidad y con la tierra. La identidad humana es relacional y por este motivo toda vocación cristiana es relacional, supone el encuentro del otro y se realiza en el amor. Este es el punto de equilibrio, de integración y de realización de nuestra vida... Recuperemos el amor/pasión por la tierra y por la humanidad para volver al evangelio, para volver a Jesús, para caminar hacia Dios, para humanizar nuestra identidad y nuestro sentido de pertenencia.

Nuestro fracaso institucional como Iglesia Católica y de nosotros como cuerpo consagrado dentro de esta Iglesia revela una faceta más del fracaso de la religión institucional que las nuevas generaciones rechazan hoy con más fuerza (secularismo radical). Estudios recientes revelan que los jóvenes de la generación trans-moderna se identifican con muchas clases de espiritualidad pero no desean saber nada de las religiones formales.<sup>5</sup> Este fracaso se debe básicamente al auto-centrismo de la religión y en nuestro caso del catolicismo. Es evidente la incapacidad de las grandes religiones del mundo, las

---

<sup>4</sup> *Comentario al libro “O Principio Esperança de Ernest Bloch (Ed. Contraponto) en la revista ULTIMATO de Marzo-Abril de 2006.*

<sup>5</sup> Al respecto sugiero la lectura de un estudio realizado por Christian Smith y Lundquist Denton - *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers* (2005). En este trabajo los autores describen la experiencia religiosa de los adolescentes norteamericanos con estas palabras: Deísmo Moralista Terapéutico.

llamadas abrahamicas y monoteístas, de entrar en diálogo libre con toda persona humana e institución de buena voluntad para responder a los principales desafíos de nuestra co-existencia humana. El profetismo de Francisco nos llama hoy a hacer de la preocupación antropológica/ecológica el centro de nuestros debates teológico pastorales y el espacio de inversión de todos nuestros recursos humanos, económicos y estructurales.

Termino con esta cita de Schillebeckx que expresa magistralmente el camino de nuestra identidad y de nuestro sentido de pertenencia: “El Reino de Dios es una relación nueva de los seres humanos con Dios que tiene como aspecto visible y tangible un nuevo tipo de relación liberadora entre hombres y mujeres en una sociedad reconciliada y pacificada... El Reino de Dios es un nuevo mundo de liberación del sufrimiento; un mundo de hombres y mujeres completamente liberados y sanados en una sociedad donde ya no existan las relaciones de dueño-siervo; amo-esclavo”<sup>6</sup>. Para actualizar la identidad y el sentido de pertenencia de la comunidad solo hay un camino: la conversión al Reino.

---

<sup>6</sup> Schillebeeckx, Edward. *Jesús en Nuestra Cultura*, Ediciones Sígueme 1987. pgs. 31-32.